

gumentaciones no son válidas; en otras, aunque quizá no se cometen errores lógicos, la verdad de sus conclusiones no está suficientemente fundada, porque no se pueden probar sus premisas o porque no está claro que la causalidad divina sea la única explicación posible de los fenómenos que se quieren explicar. En todo caso, ha de reconocerse que en algunos casos la explicación teísta es la más posible o incluso la única posible. La tesis del autor es que aunque ninguna de estas pruebas fuese racionalmente indiscutible, esto no sería un motivo para no poder estar *racionalmente* convencido de que Dios existe (p. 147).

Por último, la tercera parte del libro, «Quién es Dios», presenta «lo que Dios no es» (pp. 171-182), cuáles son los atributos divinos (Creador, Conservador, Providente, Gobernador) que se refieren a la relación de las criaturas con Dios (pp. 183-202), y cuáles con las perfecciones preexistentes en Dios de un modo eminente, mirando al hombre como paso previo (pp. 203-217). Estos apartados van precedidos de uno titulado «El conocimiento del Dios ignoto», una primera aproximación a ese «quién es Dios» basada en la afirmación de que quien ha probado que Dios existe, sabe ya algo de cómo es Dios: por ejemplo, la primera vía tomista hace ver que Dios mueve todas las cosas, siendo él mismo in-

móvil; y el argumento del proyecto muestra que Dios es inteligente.

Así, la tercera parte del libro busca mostrar qué perfecciones se pueden atribuir a Dios, y el primer apartado de esa parte considera el fundamento de tales atribuciones: «Veremos en concreto que el que Dios sea máximamente perfecto es el fundamento tanto de la incomprendibilidad de la Esencia divina como de la posibilidad de atribuirle todas las perfecciones. Dios permanece siempre incomprendible, pues la perfección divina no puede ser comprendida por un intelecto limitado como el nuestro. Pero podemos progresar en el conocimiento de Dios dándonos cuenta de que las perfecciones de las criaturas preexisten en Él de un modo eminente» (p. 155).

El libro de Pérez de Laborda se ofrece como un manual de teología natural especialmente pensado para el contexto cultural actual. Tanto el lenguaje como la forma de hablar tienen en cuenta las preguntas del hombre contemporáneo y se dialoga con otras propuestas o respuestas tanto «populares» como «intelectuales». El libro se ofrece, así, como un amable acceso a la filosofía para un público amplio, y anima a poner la razón al servicio de la cuestión de Dios.

Juan Luis CABALLERO

Juan Fernando SELLÉS, *El pecado según Leonardo Polo*, Cuadernos de Pensamiento Español, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2017, 80 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-8081-568-0.

Juan Fernando Sellés es profesor de Filosofía de la Universidad de Navarra, discípulo directo del filósofo Leonardo Polo, al que ha seguido muy de cerca en sus numerosos libros, artículos e investigaciones. La relevancia del fallecido filósofo español

aumenta cada día entre los que acceden a su pensamiento (estudiantes, intelectuales, filósofos, pensadores de distintas áreas del conocimiento) a través de sus escritos. No en vano, está en curso, ya avanzado, la edición y publicación de sus obras completas.

Pensamos que el alcance de las propuestas filosóficas de Polo, de una notable profundidad y originalidad, se ha de ver en las próximas décadas, en función de la maduración y del estudio interdisciplinar de su pensamiento.

En el ámbito de la Teología, Polo es aún muy poco conocido. Quizá por desidia de parte de los teólogos, por la conocida dificultad de su sistema... en fin, es posible que injustamente. El pensamiento poliano es estrictamente filosófico, pero es un armazón conceptual potente y original, abierto nítida y expresamente a la trascendencia, en un claro y hondo diálogo con la fe cristiana. De hecho, en las propuestas de Polo, Dios ocupa un papel primordial para entender en profundidad al ser humano, imagen y semejanza de las Personas Divinas. Está, por tanto, este pensamiento en la línea de la tan conocida afirmación conciliar de que «en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*Gaudium et spes*, 22).

En efecto, la persona humana, ese quién único e irrepetible que cada uno somos, se entiende no sólo como un ser más, aunque más perfecto, junto a otros seres (sentido del ser de la metafísica, ser como fundamento), sino como un sentido de ser nuevo (el co-ser de la antropología transcendental que sostiene Polo), un quién que es intimidad y apertura, coexistencia libre que conoce y ama con sentido personal. La persona es un sentido de ser superior (no opuesto) al ser de la metafísica. En el ser humano, la distinción real tomista entre acto de ser y esencia, adquiere toda su nitidez y un sentido nuevo. La persona es acto de ser, pero no ser cerrado o clausurado, fundamento último de su esencia y de sus acciones, sino co-ser, co-existir, ser en compañía. ¿En compañía de quién? De Dios principalmente y desde ahí, en compañía de otras personas. Una persona sola sería la tragedia absoluta, no tiene sentido. La persona es una intimidad abierta (coexistencia), un

quién abierto a otro Quién. La persona no está hecha para la soledad sino para la compañía, una compañía en crecimiento con Dios (la persona es *ademús*), que crece conociendo y amando más y más a Dios-Persona, destinándose a un futuro siempre abierto que es amar a Alguien, como una eterna promesa de Dios, siempre actual.

En la obra y el pensamiento de Polo, en continuidad y prosecución de la metafísica clásica y medieval y en un diálogo franco y generoso con el pensamiento moderno, pensamos que hay un elemento de inspiración y creatividad importante, que apenas se empieza a vislumbrar, y que tendrá mucho que decir en una nueva manera de enfocar y dar salida a algunos problemas del pensamiento moderno como la deriva individualista y el solipsismo, el relativismo moral, el subjetivismo. Y al mismo tiempo, supone una base sólida para entender quiénes somos, que a veces se echa en falta en algunas intuiciones fenomenológicas y personalistas que florecen en el siglo XX; y también servirá para la renovación de la Teología que apenas está incoada a partir de los planteamientos del Vaticano II y que muchas veces fluctúa a tientas entre una escolástica excesivamente rancia y unas tentativas más modernas y originales, pero que se pierden con facilidad en los vericuetos de la modernidad y la postmodernidad.

En este pequeño librito, el Prof. Sellés se aventura en el terreno teológico a partir del pensamiento poliano. En las obras de Polo hay muchas referencias teológicas (que le preocupaban notablemente al autor), pero no necesariamente tratadas teológicamente. Aquí estamos ante un intento ordenador, clarificador y sistemático de comprensión –filosófica– de un tema teológico como es el pecado original y los pecados personales. En un diálogo abierto con la fe, Sellés, con Polo en la mano, intenta arrojar luz y plantear la comprensión del pecado (original y personal de cada uno) a partir de la antropología transcendental

de Polo. Se tiene en cuenta, por tanto, como fondo, la distinción poliana entre persona, esencia y naturaleza corpórea. No es lo mismo, con otra terminología, el espíritu, el alma y el cuerpo. El pecado original fue un pecado personal que nace en la persona y afecta fundamentalmente a la persona y, derivadamente, a la esencia y cuerpo humano (común a todos). Heredamos el pecado en el alma y en el cuerpo (y en el ser del universo), pero no en la persona. La persona no nace con un pecado personal (no tendría sentido) sino con un pecado y una huella en el alma-esencia y en el cuerpo.

Tal como relata el Génesis, el primer pecado (personal) fue una mentira inducida por un engaño (diabólico). El acto personal que fracturó la persona humana fue la soberbia (la admisión de una mentira, un falseamiento de la verdad). Esa mentira ad-

mitida en la intimidad rompió la apertura de la persona con Dios, con uno mismo y con el mundo físico. En torno a esta triple dimensión de la mentira (y sus consecuencias) se estructura el desarrollo del texto. El libro acaba con un pequeño apéndice que trata de comprender quién es, o más bien qué es (puesto que se afirma que no puede tener carácter personal) el diablo, llamado «padre de la mentira».

Un libro interesante, ameno, profundo, breve, original en el tratamiento, y que pone en acción la antropología poliana en la comprensión de los temas teológicos, en diálogo abierto y con la luz de la fe. Esperamos que Sellés siga abriéndose, con la filosofía poliana, a los grandes temas de la Teología.

José Manuel FIDALGO

Martin STEFFENS, *Nada más que el amor. Indicadores para el martirio que viene*, Madrid: Encuentro («Martires del siglo XX. Minor», 3), 2017, 81 pp., 15 x 19, ISBN 978-84-9055-198-1.

El autor es especialista en Chestov, Nietzsche y Simone Weil y profesor de filosofía en un liceo francés. Este librito ha ganado el Premio al libro religioso de Francia en 2016. Juan Antonio Martínez Camino, director de la colección en que aparece publicado, en la presentación del texto, sostiene una paradójica «vuelta a la religión» como reacción al ateísmo e incluso como «castigo». Sin embargo, el humanismo ateo «corrompe a la religión como ha corrompido al humanismo y los torna violentos» (pp. 8-9). En esta reflexión filosófica sobre el martirio, presenta en toda su radicalidad el origen del mal: «Satán ha salido de su patio orgulloso de su terror. Las ejecuciones de los cristianos de Oriente, filmadas por sus verdugos, son *selfies* del diablo que él en-

vía por la red para que no se lo olvide» (p. 13). Nos encontramos pues ante un libro intenso y excesivo en ocasiones, que desarrolla un papel provocador e interpelante; mantiene a lo largo de todo su desarrollo un tono profético, y los fognazos o latigazos a la conciencia que el autor propina al lector requerirían algún que otro matiz. Todo esto es cierto. Sin embargo, la denuncia profética mantiene toda su urgencia y su veracidad.

Las fuentes las constituyen algunas citas de la Escritura y de algunos filósofos y maestros espirituales. El tono general es apasionado y poético, con sintaxis breve y estilo telegráfico. La fuerza del relato-reflexión captura la atención del lector desde un primer momento. Resultan muy interesantes las aportaciones que realiza sobre el va-